

## EXPOSICIONES EN LA BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO

---

### CARDENAS RODRIGUEZ: JOVEN PINTOR ABSTRACTO

Escribe: MARTA TRABA

Hace nueve años, cuando se conmemoró en París el primer cincuentenario del arte abstracto, mucha gente cayó en cuenta de que los cincuenta años transcurridos quitaban a la abstracción todo carácter de novedad y le eliminaban su carácter problemático: comprendieron, asimismo, que se trataba del movimiento estético más duradero del siglo XX, hecho incontestable que invitaba a reflexionar sobre la seriedad y la importancia de sus objetivos: advirtieron, al fin, gracias a la exposición universal de arte abstracto que se organizó para conmemorar ese cincuentenario, que sus múltiples posibilidades, lejos de extinguirse, estaban en plena vigencia sin que pudiera hablarse ni de decadencia ni de manierismo. El arte abstracto apareció de pronto como un acontecimiento espiritual establecido sólidamente en la historia, cuyo nacimiento y desarrollo iban paralelos al mayor esfuerzo intelectual de nuestro siglo por explicar y formular nuevas concepciones en pintura y escultura. Por todas estas razones, mientras los innumerables ismos del arte contemporáneo quedaban reducidos a un esfuerzo particular identificable con un individuo —(caso orfismo-Delaunay)— o con unos pocos artistas —(caso irradiantismo o constructivismo)— cuya existencia duraba lo que sobrevivieran sus obras personales, el arte abstracto había formulado una verdadera estética. Es decir, un cuerpo de doctrina impersonal, cuyas leyes, principios y objetivos fueron dictados a través de dicho tiempo por obras disímiles, codificando la nueva pintura según comunes denominadores aplicables a centenares de obras, personalidades y estilos.

Lo más importante de esta estética es su condición universal y la pérdida del sentido localista que irrigó, inicialmente, el fauvismo francés o el expresionismo alemán, o el futurismo italiano. El arte abstracto ofreció a los artistas alejados del laboratorio central del arte contemporáneo, Europa, la oportunidad de compartir experiencias plásticas en un plano de igualdad, sin sentir su condición de epígonos y sin que resultaran acoplados artificialmente a una mentalidad particular que no era la suya. En manos de artistas japoneses o de pintores peruanos, significó la comunidad universal de intereses más amplia que se había conocido en la historia del arte:

esto ocurrió porque el arte abstracto no implicaba en sí un estilo, sino el instrumento estético para que cualquier estilo personal pudiera ponerse de manifiesto. Explicaba a los artistas cómo los elementos de la pintura tradicionalmente encadenados a su compromiso con la realidad podían manejarse libremente al eximirlos de dicho compromiso y cómo, a través de ese manejo, cada hombre era capaz de crear un mundo formal que al pertenecerle de modo exclusivo, reflejara sus intenciones y ambiciones, su mediocridad o su genio. Este arte proponía, además, un desafío al artista: al prohibirle todos los antiguos apoyos en la naturaleza, lo dejaba librado a su propio poder de invención. Al desafío respondieron, como era lógico, los jóvenes, que son los dueños naturales de la heroicidad, el sacrificio y el atrevimiento: no es de extrañarse que el arte abstracto se haya corrido por el mundo como un reguero de pólvora y que, si bien sus resultados sean discutibles la mayor parte de las veces y nulos buena parte, esté en poder de los jóvenes.

Hay que felicitarse de que la juventud en Colombia no quede al margen de este movimiento, puesto que quedar al margen es lo más parecido al inmovilismo y a la muerte: lo primero y más importante, aún afrontando resultados dudosos, es comprender su siglo y participar en él. Esto sería ya una razón positiva para valorar y aplaudir la exposición de Cárdenas Rodríguez efectuada en la Biblioteca Luis-Angel Arango. Pero además de esta razón general, es necesario reconocerle motivos particulares de aplauso: su insistencia en resolver un problema de forma, su tenacidad por inventar en cada caso una articulación diferente para formas parecidas; su modestia en el tratamiento del color, generalmente monocromo y su intención, claramente legible, de ir lentamente, aún a riesgo de parecer monótono y falto de imaginación, resolviendo los problemas innumerables que plantea, en una tela en blanco, la autonomía de los elementos picturales. Así como Cárdenas Rodríguez ha numerado sus obras, también el crítico podría numerar las fases de su proceso: en esta fase número uno el pintor ataca de frente un problema, el de las formas y deja a un lado los otros. Su obra no está lista para la definición crítica y el juicio debe esperar, dejando sentada, sin embargo, su conformidad con la sensatez y seriedad con que se inicia.